

Máximo Saldán

Le contaré de mí

Mención especial del Quinto Concurso Literario Gramma

Charlando I

Ahora que ha entendido un montón de cosas, le contaré de mí. Y usted comprenderá. También hablaremos de usted luego, si no le molesta. Sé que no le molesta. Así que empecemos.

Yo era un brillante neurogenetista. Estaba trabajando en un concepto nuevo, revolucionario. Me llevó mucho tiempo esbozarlo y darle forma. Bauticé mi teoría como «La Neuropausa».

Al principio intentaba desarrollarla en compañía de algún colega. Todos sin excepción me mostraban una leve o importante curiosidad según los casos, para al tiempo olvidarse del tema y abandonarlo por completo.

Tal era mi fracaso en relaciones públicas, si así lo quiere ver, que he llegado a perder colegas amigos míos; tanto querían alejarse del asunto. Créame que he llegado a convencerme que la Neuropausa provocaba un miedo instintivo.

Yo, sin embargo, no perdía motivación y encaminaba tozudamente mi teoría como un proyecto personal. Un dislate para mi época, en que cualquier estudio era realizado por equipos con especialistas en múltiples disciplinas y en sofisticados laboratorios.

Mis últimos esfuerzos, recuerdo ahora, me condujeron a escribir una nota para una revista especializada, lo cual fue un error. Estaba en tratativas para que una institución me financiara el proyecto, dado que tenía ya un importante desarrollo en el aspecto teórico.

Fue un error la nota. Me duele recordarlo. Allí fue cuando me convencí que el proyecto generaba una especie de temor. Sencillamente no encuentro otra forma de explicarlo, créame.

Lo cierto es que me criticaron dicho artículo, al punto de que me hice famoso por primera vez en ciertos círculos de la neurología debido exclusivamente a la mala publicidad.

Pero lo que más me lastimó —porque sí, la ver-

dad es que ahora me siento algo más allá de todo eso— son los medios que utilizaron para liquidarme públicamente. El artículo era criticado con inusitada chabacanería, no por medio de un análisis frío y concienzudo. Trataron el artículo como un insulto y obviamente perdí toda posibilidad de financiación.

La cuestión es que, como le dije, tuve que seguir solo. Y aunque le parezca mentira, con más afán e ímpetu que antes. Quería demostrarle al mundo la valía de mi teoría.

Es que todavía no tiene una idea de que se trataba mi teoría; simplemente estaba en la búsqueda de un medio que permitiese desactivar la mente. ¿Le parece excéntrico? Bueno, en tal caso es apasionante.

Algunas de las críticas que recibía —de esas pocas que pretendían deshacer la teoría y no a mí— era que una pausa neurológica no tenía ningún fin útil.

Esto para mí era irrelevante y creo que debiera serlo. Todo conocimiento es bueno si es correctamente utilizado.

En cierta ocasión se me ocurrió explicar que la pausa se podría usar en casos de insomnio. Para qué. Más palos: me retrucaron que la pausa lograría borrar los síntomas físicos del insomnio —la somnolencia diurna, el cansancio— sin descansar la mente, lo que llevaría al individuo, finalmente, a la locura o la muerte.

Cosas que ya sabía. Yo simplemente había insinuado su uso como herramienta, nunca como cura. Pero ya ve, era una lucha sin sentido.

Lo cierto es que trabajaba solo. Un mes en lo mío y otro mes para algún laboratorio, siempre en mi casa. Eso al principio. Con el tiempo iba incrementando mis honorarios y los institutos me los pagaban sin chistar, siempre que trabajara en lo que me pedían. Generalmente en tecnología

sexual, acorde a la moda de la época. Aunque también tuve algún trabajo con la neurofibromatosis.

Así llegué a trabajar dos meses para financiarme a mí y a mi modesto laboratorio para el resto del año. ¿Cómo lograba cobrar tan alto? Según parece, yo resolvía en pocos meses lo que a un equipo le costaba, quizá, un año.

A esta altura usted se preguntará si nuestra situación actual tiene algo que ver con todo esto. Sí, efectivamente tiene que ver. Pero no se me adelante; permítame seguir con la historia.

Llegué a desarrollar la teoría, en lo que creía eran sus máximos detalles. Pese a que le pueda parecer sorprendente, llevar a la práctica la teoría no requería instrumental o tecnología nueva. Así que, sin más, me dediqué a probarla.

No tardé en darme cuenta que todo era más complejo de lo que creía al principio. Muy complejo. Diría que imposible de complejo. Pero seguí impulsado vaya a saber con qué. Seguí, pero instintivamente; a tientas. Yo, que nunca había sido un buen laboratorista —aunque le sorprenda, siempre me llevé mejor con la teoría—, tuve que serlo a la fuerza si quería avanzar. Sí, avanzaba por medios empíricos.

Hasta que cierto día logré generar el «campo neurónico». No, no; no me pregunte qué es. Entiendo que es una forma de campo eléctrico y magnético pero con un cambio conceptual de algún tipo. Ni yo lo sé.

Así éramos los experimentalistas. No pregunte por qué, no pregunte cómo funciona. Pregunte qué logramos. Y hacia allí estoy yendo.

Como entenderá, no sabía como volver a generar el campo —no, ni siquiera sabía eso, por raro que le parezca—, pero la situación no era desesperante. Simplemente no corté la energía y el campo permanecía allí. Después de todo, no gastaba más energía de la que se usaba para asar un pollo.

El campo tenía un arco de acción dentro de una especie de horno. Conseguí un lindo ratón de laboratorio y lo deposité en la cinta transportadora que lo mandaba directo al «horno» (disculpe que le diga así; nunca llegué a ponerle nombre al aparato). Y ahí llegó mi momento cumbre. ¡Qué cree que pasó! El ratón cayó en un sueño profundo todo el tiempo que estuvo dentro del «horno». Pero no

era sueño. El ratón no dormía de veras. Esto era distinto. El animalito cayó como muerto al entrar en el «horno» y salió muy campante cuando emergió, como si tal cosa.

Fue el momento esperado, lo había logrado. Estaba feliz. Lo mostraría al mundo, apenas extrajese las conclusiones necesarias de la observación.

Claro que también hubo otras experiencias más complejas. Le contaré una, sólo para que tenga una noción.

Metí queso dentro del «horno» y puse al ratón Mandrut —así lo bauticé— en la cinta transportadora. Éste salió disparado a buscar el queso y, claro, jamás lo alcanzó.

Me las ingení con unas pinzas para sacar el queso y dar vuelta a Mandrut de forma que su cabeza apuntara fuera del «horno».

Todo sucedió tal como se lo imaginará. Apenas la cinta sacó a Mandrut del «horno», éste volvió a lanzarse adelante en busca de un trozo de su queso favorito que ya no estaba. ¿A qué distancia cree que se paró?

¡Exacto! ¡A la distancia entre la que cayó desmayado y la que había con el queso dentro del «horno»! ¿Qué le parece?

¡Caramba! Pensé que era más sagaz. El experimento demostraba que la memoria de corto plazo no resultaba afectada en el ratón.

Bien. No quiero atiborrarlo de datos, aburriéndolo. Le resumiré todo: la última experiencia fue conmigo mismo. Sí. Estaba convencido que tenía que saber que se sentía al emerger del «horno».

Le diré una cosa: aún no lo sé. Y me estoy cansando de esperar.

También me cansé de «charlar» con usted. Vaya, piérdase que deseo pensar. Es que es un lugar un tanto místico éste, ¿no le parece?

Charlando 2

¡Ah! Ha estado aquí al lado. No me he dado cuenta. Estaba reflexionando... Así que quiere saber más. De acuerdo. Sólo un poco que quiero seguir pensando.

¿Qué pasó conmigo? Veo que usted está esperando una respuesta concisa que no existe. Es que es terreno de la filosofía. Confíe en mí. Lo estuve

pesando mucho ti... Iba a decir tiempo. No; el tiempo aquí no existe. Olvídelo; si le explico qué es el tiempo sólo lograré confundirlo.

Digamos simplemente que lo estuve pensando más que usted. Y llegué a esta conclusión: me pasó lo que usted quiera que me pasó.

Mmm... Veo que no entendió ni jota. ¿Qué estuvo haciendo mientras me la pasé pensando? Si hubiera pensado un cuarto de lo que yo, me habría entendido. Está bien. Está bien. A qué vienen tantos reproches, si no tenemos nada que hacer. No hay tiempo que perder.

Volvamos donde estábamos. Yo iba a zambullir mi cabeza en el «horno». ¿Me pregunta cómo? La verdad que no entiendo por qué se preocupa por los detalles. En cierta forma usted tiene caprichos de bebé, de recién nacido.

Claro; lo es. Despertó aquí, mientras que yo arrasé mi vida terrenal. Bueno, basta de divagar. Se lo cuento.

Simplemente cambié la cinta transportadora por una camilla movida por un motor. La camilla era empujada a través de una manivela de forma tal que mi cabeza entraría y saldría del «horno», con una exposición al campo de unos cinco segundos en números redondos. Ya sé que esto no significa nada para usted, pero acepte que entraba en el «horno» y salía después.

Lo hice y aquí estamos. Apenas mi cabeza traspuso el «horno», aparecí acá. No vaya a creer que me agarró desprevenido. No señor. Por el contrario, supuse que algo así podía ocurrir. Así que estaba perfectamente entrenado para contar segundos (esas cosas que antes le mencioné y que eran cinco).

Y conté: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10... 584. Al cabo me puse a llorar como un nene. ¡Muy bien! Ha comprendido. Sólo le marcaré un detalle —ya que usted es tan detallista—: en realidad el cinco no debiera haberlo llegado a contar nunca. Siempre según mis ideas previas, claro.

Pero; ¿de vuelta con eso? ¿Qué pasó? ¿Lo que usted quiera, insisto! Veamos, ¿por qué he de tener yo todas las respuestas? Écheme algo de su lumbré.

¡Pero que ideas sofisticadas tiene! Déjeme pasar en limpio lo que acaba de contarme. Lo primero

es muy improbable. Me dice que éste es un lugar de muertos y que yo me morí en un instante entre los cinco segundos dentro del «horno». Sólo que yo gozaba de perfecta salud al entrar en él.

La segunda es más probable: que el campo haya desaparecido y esto sea un efecto de ello. Debido a que no sé exactamente cómo funciona o se crea ese campo, bien podría haber ocurrido. Hay dos cosas que van contra su segunda postura.

Primero, el campo se mantuvo mientras yo lo seguí alimentando y no sería probable que desapareciera justo cuando puse la cabeza. ¿Un corte de energía? No, desestímelo. Había, según las estadísticas de entonces de la compañía eléctrica, un corte de un segundo por año. Esto es, para que lo entienda, una posibilidad entre seis millones.

Además —vea qué precavido— tenía un motor generando en paralelo destinado a esa eventualidad.

Pero he dicho que eran dos cosas y aquí va la segunda. Suponga que se corta la energía y el motor falla a los, digamos, tres segundos. Según mis concepciones de entonces sólo debiera ocurrir que me despertara dos segundos antes.

Me dijo dos teorías. Quizá piense y encuentre muchas otras. Pero a mí me interesa que juegue con ésta que sigue. Yo, en realidad, todavía estoy dentro del «horno» por primera vez y sin embargo todavía no ha pasado siquiera el primer segundo.

Grábese la. Si llega a entenderla, podrá tener un atisbo de lo que es el tiempo. Vaya, vaya que quiero dejarlo pensar.

Yo

Quería pensar algo, pero se me escapa. Estoy difuso, divagante. El hecho es que pienso en él. Y lo quiero. Lo quiero como... como a un hijo, sí. Como al hijo que nunca tuve ni tendré. Aunque quién sabe. Aquí, para estar seguro de algo, hay que haberlo pensado una fracción de eternidad. Y no quiero o no puedo pensar en eso, en mi vida anterior.

Pero estaba pensando... Sí; la última vez que usted vino, no lo sentí. Estaba pensando y él «escuchó» todo. Sucede que me encontraba muy concentrado. Creo que era algo que no le concernía directamente. No es eso lo preocupante. Lo preocupante es que algo así pueda suceder en adelante.

No sé como noto la presencia de usted. No necesito escuchar sus pensamientos. Hay un mensaje subliminal cuando estamos en contacto. Pero es sutil, efímero y puedo no notarlo cuando estoy concentrado.

Tengo que pensar una forma de aviso, una alarma. O mejor; un cerrojo que yo pueda abrir y cerrar a voluntad para impedir su proximidad desde el otro no-lugar. Es conveniente cierta intimidad, si uno la requiere. Bien, voy a concentrarme en ello. Un cerrojo...

Charlando 3

Pues sí; veo que lo entiende muy bien. Se nota que lo ha pensado mucho. Es cierto, aquí el tiempo no tiene sentido. Veamos; ¿qué pasa si usted quiere hablar conmigo y yo estoy pensando? Simplemente espera. Escucha lo que yo pienso o bien piensa algo por su cuenta, esperando. Y si me demoro pensando, usted simplemente seguirá esperando. Alguna vez tendré que dejar de pensar para trabar una «charla» con usted: que no es más que un pensamiento de ida y vuelta.

Aquí no hay un día que transcurra. Un sol que salga por el este y se ponga en el lugar diametralmente opuesto. O si quiere existe pero nosotros no lo vemos porque carecemos del sentido vista. Luego no vemos pasar el tiempo.

Aquí no hay una vida que transcurra. Ni usted ni yo envejecemos. Quizá podamos morir, no lo sé. ¿Pero envejecer? Eso no. Para ello deberíamos tener un cuerpo. Y simplemente no lo tenemos. O si quiere lo tenemos, pero no lo sentimos porque carecemos del sentido tacto. Luego no sentimos pasar el tiempo.

Aquí no hay horario de comida. A usted no se le haría tarde para la cena. Puede seguir esperando. No necesitamos comer. O si quiere estamos comiendo todo el tiempo pero no lo notamos; carecemos del sentido gusto. Luego nuestros gustos no cambian con el tiempo.

A usted no se le hace tarde para ir a casa, porque no hay adonde ir. Aquí no hay flores que oler, ni lluvia que escuchar. Tampoco hay muebles o materiales donde uno vea el desgaste producido por el tiempo, porque aquí no hay materia. Todo redundando en lo mismo; no hay tiempo. Eso no existe.

A mí me resulta fácil entenderlo porque experimenté todo aquello. Pero usted habrá realizado un esfuerzo mental excepcional para comprenderlo. Lo que me lleva a usted. ¿Cuántas veces le dije que hablaríamos de usted? Y ha llegado el momento.

Siempre hemos hablado de mí. De una forma u otra. Y poco o nada de usted. Y estoy cansado de hablar de mí. Veamos, ¿quién es usted? ¿Qué es usted?

Usted

Yo me ha revelado que en La Tierra existen hombres y mujeres. Ambos son más o menos lo mismo. Apenas entiendo sus diferencias. ¿Yo me creó como hombre o como mujer? Lo ignoro. Hasta donde percibo, mi nombre usted es muy impersonal. No sugiere ningún sexo.

Eso sería acorde con el universo. En el universo no hay sexos. Demuestra la sabiduría de Yo al superar su experiencia terrenal y adaptarse a la realidad. Muchas veces me pregunto si La Tierra no será un sueño de Yo. Una idea loca o un ideal. Quizá una metáfora que usa para hacerme reflexionar sobre cuestiones profundas.

A medida que transcurre la eternidad, más veo La Tierra como un ideal que como algo real. Sin embargo, nunca dejó de crecer mi interés en ella. Por ejemplo; ahora estoy interesado en los símbolos esos que Yo denomina matemática. He alcanzado un cabal conocimiento respecto de los números cero, uno y dos.

Cero es la eternidad, el universo. Uno es Yo. Dos es usted. Respecto de los demás, tengo conocimiento de su sucesión incansable. Sólo eso. ¿Qué representará tres excepto la continuidad de dos al infinito?

Yo sí conoce su significado. Como también conoce el del cuatro y los demás. Yo es la grandeza de la sabiduría, usted en cambio no conozco nada. Al principio pensé que comprendía tres cosas. Pero no. Estaba errado; tres sobre infinito no es nada. Luego no sé nada.

En La Tierra existen infinidad de cosas y entes. Allí, de una forma u otra, ha de tener significado el tres. Pese a mi incompreensión de los números, domino la matemática con creciente y asombrosa facilidad, aunque parezca contradictorio. La mate-

mática me ha ayudado a demostrar que el tiempo que existía en La Tierra fue convertido en eternidad al venir Yo al universo. Y por eso Yo continúa en La Tierra sin que haya pasado siquiera el primer segundo.

Temía mostrarle mis descubrimientos a Yo. Finalmente se los expuse con ánimo de que me dijera si estaban bien mis... No, no cálculos. Yo me conminó a que usara la palabra tesis.

Para mi sorpresa Yo se mostró fuertemente impresionado. Como si no conociera ya lo que le estaba presentando. Es algo que no entiendo. Pero es difícil entender la grandeza.

Charlando 4

Bien. Bien. Me gusta ese pragmatismo que ha desarrollado. Me ha contestado; simplemente Soy. Pero le haré ver el asunto desde otro ángulo. Uno es lo que quiere y desea ser. Uno es, para satisfacer un ideal. Un fin último. Ese fin en mí es lejano, pero... ¿Inalcanzable?

Y usted es por mí. Yo lo creé. Cuando vine aquí estaba solo. Eso usted lo habrá deducido porque cuando llegó, yo ya estaba. Permítame que le relate cómo llegué a la determinación de su existencia, aunque eso demore nuestra charla sobre usted.

Recordará que le mencioné que luego de mi llegada me puse a llorar. Después siguió un intenso desconsuelo que se fue apagando como la llama en la ceniza. ¿Y después qué? Pensar. No había más que hacer, sino pensar.

Creo que si no toda, al menos gran parte de esa eternidad pensé acerca de mi destino, de nuestro universo y de cómo había llegado a él. Nunca llegué a realizar una tesis tan fría como la suya. Siempre he especulado.

¿Cuántas teorías llegó a manejar usted para explicar lo sucedido en La Tierra? Cinco. Ya veo. Bueno, yo he llegado a coleccionar decenas de miles de ellas. Tantas necesarias como para aburrirme lo suficiente. Y el aburrimiento produjo otros pensamientos en mí.

Entonces volvió poco a poco ese teórico empeinado que había en mí. Aquel que no media esfuerzos para lograr sus proposiciones. Porque tenía motivaciones.

Aquí las motivaciones no son las mismas, pero fui encontrando otros estímulos. Y descubrí nuevos y majestuosos propósitos. En lo más exultante de mis derivaciones me detuve. Un grito ahogado sacudía mi conciencia. Algo me pinchaba la mente, diciéndome: «Lo estás haciendo mal, muy mal».

¿Qué era? Recaí en los penosos recuerdos terrenales. Un sector de mi mente me atosigaba con planteos del siguiente tipo: «¿Para qué has tenido una vida en La Tierra si no es para nutrirte de su experiencia? PIENSA».

Y pensé: ¿qué había hecho mal en La Tierra? Era indispensable saberlo. Y supe de muchos errores. Créame que me equivoqué por doquier allí. Pero había una imposibilidad y un fracaso continuo que signó mi vida allí. Se trata de mi relación con el resto de la gente. Era desastrosa. Ya se habrá evidenciado cuando le conté que trabajaba solo.

¿De qué me servía este conocimiento? En lo siguiente: si he de trabajar en algo, me dije, que sea en compañía de alguien. Tanto mejor si ese ser es un nativo auténtico de este universo, el cual comprenderá desde otra óptica que la mía.

Así que pensé en traerlo a usted, lo que me llevó un importante intervalo intemporal. Luego del cual, seguí pensando otro intervalo, y otro, y otro. Hasta que lo pude traer. Y acá está usted.

Usted 2

Yo me hizo razonar sobre el sentido de la existencia. Y extraigo una conclusión propia, independiente; que mi existencia se debe a La Tierra. De allí provino Yo. Y de allí es que tenemos los abstractos conceptos en los que pensar. Cosas tan altas como la matemática, el lenguaje, el tiempo, la filosofía, la geometría.

Gracias a esas ideas vivimos, porque ellas nos permiten pensar. Si no pensamos simplemente no existimos.

Yo, que tiene tantas cosas en las que pensar, cedió algunas de ellas para que las pensara. Y desde el momento que las pensé, existí. Por eso siento que tengo los conocimientos prestados, que no soy auténtico.

Sin embargo, Yo insiste que debo hacer lo que me plazca. Que no tengo que ser sumiso. Que

puedo pensar por mí mismo. Y quiere que deje de hacerle ditirambos.

Mucho me cuesta; ¿qué le de entender usted que no contemple la sabiduría de Yo? Sin embargo me preguntó si quería colaborar en la realización de su ideal. Si quería aceptarlo, al mismo tiempo, como propio mío.

¿Cómo podría negarme ante la belleza de lo descrito? Pero ¿soy digno? Yo me dijo: «En este Gran Proyecto hemos de trabajar a la par. De igual a igual. La veneración que siente por mí en nada contribuye. Bórrela de su mente».

Es algo que debo aceptar. Es la voluntad de Yo: desde ahora usted es Usted. Y pienso por mí mismo.

Usted y Yo

La ansiedad rasgaba crecientemente la nada. Las percepciones estaban visiblemente sobrecargadas de extrañas sensaciones. Ninguno daba el paso necesario, final.

—Antes de terminar quisiera discutir una última cuestión —pensó Usted, cortando la tensión, quizá como excusa para ganar «tiempo».

—Claro —consintió Yo, aliviado.

—Mientras trabajábamos en el Gran Proyecto —empezó Usted—, nunca olvidé el asunto de la verdadera razón de su existencia. ¿Es acorde a la tesis que una vez le presenté? ¿Cuál es su opinión?

—Ya sabe que el tema me aburre. Ciertamente nunca me incliné por ninguna teoría, y como Usted me presentó una tan bien fundada, simplemente la acepté.

—Al contrario, Usted he cambiado mis opiniones. No he desarrollado ninguna otra tesis con rigor matemático, pero estoy convencido de que siempre tuvo razón.

—Ah, ¿sí? ¿En qué?

—En que a Yo le pasó lo que uno quiera. Se podría demostrar tan bien que, en realidad, el Yo terrenal está con la cabeza en el «horno» durante el segundo segundo, durante el tercero e incluso que Yo salió del «horno» y siguió con sus quehaceres. Desde nuestra perspectiva cualquiera es válida y por lo tanto son, todas ellas, posibilidades lícitas.

—Ajá —expresó Yo, perceptiblemente aburrido.

—Y una cosa última —indicó Usted—. Trabajar en el Gran Proyecto me ha servido para tener un cabal conocimiento de los números. Y creo firmemente que no hay dos Yo. Uno terrenal y otro aquí. No tiene sentido. Ha de haber, entonces, infinitos Yo diseminados en tantos universos distintos o iguales que este.

—Vaya, vaya. Me ha impresionado —observó, notablemente más entusiasmado—. Como todo el último periodo...

—Ha de hacer Yo el Gran Proyecto —interrumpió Usted, algo totalmente insólito. Lo pensó tajante, como quien quiere dar por sentada una cuestión sin lugar a discusiones.

—¿Por qué? —protestó airadamente Yo—. Usted desarrolló casi todo.

—A Yo le debo la vida y a Yo le quiero deber la muerte.

A lo cual sucedió una vibración en sus mentes, un gran estremecimiento. De haber tenido manos las hubiesen estrechado firmemente. De haber tenido brazos y cuerpos se habrían abrazado e incluso, de haber tenido ojos, habrían lagrimeado. Todo esto tuvo su equivalente sensorial. Concluido esto Yo, sin más ceremonias, proclamó la fórmula.

Usted y Yo explotaron en cantidades ingentes de materia-energía. El Big Bang se hizo.